

ochenta y dos, en la que César Augusto, habiendo triunfado de Cleopatra y de Marco Antonio, confirmó á Herodes en el trono. Por donde su reinado se ha de contar por la época de la victoria Acciaca, y no por los años antecedentes; pues en estos estuvo Herodes fuera del trono, ó por haberlo despojado Antígono, ó porque Augusto lo privó del reino por confederado con Marco Antonio. El Pagi, anotador del Baronio, reprueba este discurso; pero el P. Suarez, advirtiendo primero que ni Benito Pereira, excelente en la cronología, pudo señalar los años que se mantuvo en Egipto San José, dice, que tiene por bastantemente probable la opinion de César Baronio, que establece la vuelta de Egipto al comenzar Jesus los nueve años de su edad.

## CAPITULO XXII.

### Vida del Señor San José en los años que estuvo en Egipto.

**E**NTRÓ el Padre de Jesus en los Estados de Egipto cuando ya estaba abatida la gloria y trastornada la brillante fortuna de aquel rei-

no, y todo él dividido en provincias sujetas á la Cabeza del mundo por la gloriosa victoria con que Octaviano Augusto triunfó de Marco Antonio y de Cleopatra. Las memorias de aquel siglo no hablan del género de vida que el Señor San José hizo entre los Egipcios ni de las demostraciones de humanidad con que recibieron al extranjero aquellas gentes. Por donde los escritores de la Vida del santísimo Patriarca, hallándose sin documentos auténticos, la conjeturan y la describen, ya por el genio amable, y ya por el nombre comun de justo con que el Espíritu Santo lo da á conocer en el Evangelio, y tambien por la fortuna del otro José, que vino al mundo representando al Padre putativo de Jesus. De aquel José, que era su imágen nos dice la historia sagrada; que en Egipto, que fué el magnífico teatro de su virtud, se concilió el amor de la nacion con su genio cortés y afable. Si esto hicieron los Egipcios en vista de los atractivos que llevaba la imágen en sus grandes prendas, es verisímil que se excediesen á sí mismos en las demostraciones de civilidad y de amor, cuando tuvieron la fortuna de ver el ori-



ginal, en que aparecian tan superiores las ventajas. Estando, pues, el Santo, como se presume, tan bien recibido, es creible que se valdria de su aceptacion para mostrar con cordura y cortesía á los egipcios la falsedad de aquellos ídolos extravagantes que adoraban. Gerson, cuyas palabras referiré en otra parte, escribe, que el Señor San José, estando en Egipto, disputó sábiamente sobre puntos dogmáticos con los ancianos de la ciudad de Tanis, donde en los tiempos pasados tambien se vieron los ruidosos acaecimientos entre Moisés y el soberano de aquel reino, que padeció por la mala conducta de su príncipe las calamidades más sensibles. La sentencia de Gerson no viene sostenida de tradiciones bien fundadas, ni este teólogo produce documentos por donde conste este pasage de la vida del Señor San José.

Algunos, que no piensan con tanta benignidad como Gerson, añaden al Señor San José en Egipto las miserias de una pobreza tan grande, que lo precisaba á mendigar sus alimentos; pero este juicio pasa como discurso de almas piadosas, que pretenden con semejantes incentivos

levantar el punto de la contemplación y del afecto. Esta pobreza, dice el exímio doctor Francisco Suarez, que no era decente á la cabeza de la Sagrada Familia. Es cierto que el Señor San José no era hombre de gruesas facultades; ántes bien, la que llama el mundo fortuna, anduvo tan escasa con el santísimo Patriarca, cuanto se dejó ver pródiga la naturaleza, adornándolo de las más bellas cualidades. Por lo que se vió obligado á suplir el defecto de riquezas con la industria y profesion de la carpintería, y á conformarse con la máxima de su ascendiente Salomon, que se contentaba con una renta, que ni fuese pobreza ni abundancia. Para el viage á Egipto y subsistencia por algunos años entre estrangeros, se cree que el Padre de Jesus, por ocultas providencias del Cielo, reservaria alguna parte de los dones que los magos ofrecieron á Jesus cuando lo adoraron. Esto es, suponiendo que estos se portasen como príncipes de aquellos paises, en donde el sol con sus influencias parece que comunica lo generoso y lo magnánimo. Pero aun concedido que le hubiese faltado este socorro, por no querer aquellos prin-



cipes con sus dádivas mostrar su generosidad, sino su reconocimiento, tenia San José en su oficio lo que le bastaba para mantener con honor y decencia á su familia.

El Señor San José fué por otra parte más feliz que otras personas sacadas de las desdichas de la pobreza para los honores del trono; porque en Egipto, en donde se mantenía con la industria de su trabajo, tuvo el consuelo de ver algunas ruinas de la idolatría, que causó el Niño Dios con su presencia. Dije algunas ruinas, porque los mejores teólogos y críticos no pasan por todos los prodigios que cuentan algunos historiadores que creen cuanto hallan escrito en aquellos libros antiguos, que por ser apócrifos, no tienen autoridad entre los sabios.

### CAPITULO XXIII.

**Muerto Herodes, vuelve el Señor San José de Egipto á la tierra de Israel con su familia.**

**E** SARON por fin los motivos que dió el ángel al Señor San José para que se retirara con el Niño Dios y con su Madre de los estados de

Judea: huye, le dijo porque Herodes buscará á Jesus para perderlo. Habiendo, pues, muerto este tirano, y cesando con su muerte las sacrilegas pretensiones de sus ministros y comisarios, ya no era necesario que el Señor San José se mantuviese en Egipto con su familia. Ya este Santo y María su Esposa habian dado pruebas clarísimas de su obediencia y prontitud en ejecutar los decretos del Cielo: ya en Egipto se habia manifestado la excelencia y soberana dignidad del Niño Dios, y ya se habian visto con admiracion de los egipcios las virtudes y los ejemplos de sus padres, y se habian oido las santas conversaciones con que fueron iluminados aquellos pueblos, nacidos en las densas tinieblas de la ignorancia y en el error de la idolatría; y así no debian permanecer en Egipto y tan retirados del templo y de la patria. Por lo que apareciéndose el ángel al Señor San José, como á cabeza, y en algun modo superior de la Sagrada Familia, le ordenó que se volviese á Israel. José, atendiendo más á las órdenes del ángel que á los dulces incentivos que tiene un peregrino para salir de su destierro, obedeció



sin dilacion, y sin pedir al ministro del Señor instrucciones acerca de todos los pasages que se le habian de ofrecer en la ejecucion de aquel decreto. Precederian, como no se puede dudar, aquellos cumplimientos y ceremonias que entre personas instruidas tiene por el derecho de las gentes ordenadas la cortesía, y concluidas estas, saldria de Hermópolis, que era la ciudad de su habitacion, con aquel regocijo con que los peregrinos dejan el lugar de su destierro, que siempre está mezclado con ciertas cualidades tan amargas, que jamás andan de acuerdo con la dulce memoria de la patria. El gusto en alguna manera seria alivio y consuelo en aquel viage, que era largo, por distar Hermópolis de las tierras de Israel como cuatrocientas millas, que hacen más de ciento y treinta y tres leguas castellanas.

Gerónimo Vida dice, que se restituyó á la patria el Señor San José por el mismo camino que llevó cuando fué de Israel á Egipto; mas no sabemos si finge el modo de este regreso como poeta, ó si lo canta sin apartarse de la buena armonía y sinceras leyes de la historia. De

los otros acaecimientos del viage nada se puede establecer como cierto, por el silencio de aquellos siglos. Solo sabemos con certidumbre que arribó el Señor San José á los estados de Israel. Lo cual refiere San Mateo; mas sin declarar si entró en el reino por Gaza ó por el puerto de Jope. El P. Abad Trombelle tiene por probable el que entró por aquella parte por donde Israel dista menos de las tierras de Egipto; porque de esta suerte era más puntual y más exacta la obediencia de San José, y su Sagrada Familia respiraba más presto los aires apacibles de la patria. Añade tambien el citado escritor, «que no se duda que el Señor San José habia «pensado despues de la vuelta de Egipto establecerse en aquella parte de la herencia de «Israel, que propiamente se llama Judea, y pertenecia á la tribu de Judá, (bien que abrazase «una porcion de la tribu de Benjamin) en el «cual distrito estaba comprendida Jerusalem, «ciudad capital y antigua corte de los reyes, y «donde residian actualmente los presidentes del «imperio romano, con el fin de tener en sujecion «á los judíos. En esta misma ciudad vivia el su-



«mo sacerdote y las personas principales del  
 «órden sacerdotal con los ministros destinados  
 «al servicio del templo. Y así, es probable que  
 «en Jerusalem ó en algun lugar cercano á esta  
 «ciudad hubiese pensado José establecerse, por  
 «la mayor comodidad de visitar el Templo y de  
 «comunicar con Zacarías y con Santa Isabel,  
 «personas de rara santidad. Por esta causa se  
 «juzga que los primeros pensamientos del Pa-  
 «dre de Jesus fueron de establecerse en la mis-  
 «ma ciudad, ó á lo ménos en las cercanías de  
 «Jerusalem, y á este fin habia dado uno ú  
 «otro paso hácia esta parte; mas oyendo decir  
 «que el César habia aprobado el testamento de  
 «Herodes, [quien debajo de esta aprobacion ha-  
 «bia instituido por su heredero y sucesor en el  
 «trono al príncipe Arquelao, que ya estaba en  
 «posesion de la corona], mudó la primera reso-  
 «lucion, temiendo que el hijo siguiese los crue-  
 «les designios y zelos de su mal padre.» Los  
 temores en que entró José con la noticia del  
 reinado de Arquelao, y las dudas sobre el par-  
 tido que debia tomar en aquellas circunstancias,  
 duraron poco, por las prontas providencias con

que el Cielo acostumbraba consolar al Padre de  
 Jesus, y dignísimo Esposo de María. El Padre  
 Calino no se conforma con la sentencia del Trom-  
 beli, porque dice, que no se puede persuadir á  
 que el Señor San José hubiese pensado esta-  
 blecerse en Judea, habiéndole dicho el ángel  
 que de Egipto pasara á Israel. Es verdad que  
 el Santo habia tomado el camino que iba para  
 Judea; mas se cree que lo hizo por la mayor fa-  
 cilidad con que se pasaba por la Judea á la tier-  
 ra de Galilea, en donde estaba su casa. Para  
 que se vea que no va fuera de camino la conje-  
 tura, daré en breve la topografia ó descripcion  
 de aquellos paises. El camino real de Egipto  
 para Galilea estaba en la parte de Gaza, y lo  
 venia atravesando el rio Besor, que corre por  
 el sitio más bajo del village de Leben; y así pa-  
 ra entrar en Galilea, era necesario, ó atravesar  
 de largo todas las tierras de los filisteos, ó pa-  
 sar por la tribu de Simeon, atravesando casi to-  
 do el reino de Judea. El primer camino era mo-  
 lesto, así por bañarlo muchos rios y estar en la  
 parte más baja y más cercana al mar, como por  
 ser los habitantes de aquella tierra una nacion,



que aun en tiempo de paz aborrecia al pueblo de Dios. El segundo camino era más practicable y de más comodidad, así por ser más frecuentado, como por estar en medio del pueblo fiel. Por esta razon se piensa que escogió el Señor San José este camino; y por él habria pasado sin molestia especial á su casa de Nazaret, si el temor y recelo de Arquelao no se lo hubieran impedido. Con la noticia de que este príncipe estaba en el trono de Judea, no pasó á adelante, sino que se paró dudando de lo que debia resolver en aquel lance tan estrecho. Atormentado José, y revolviendo estas dudas y crueles temores en su pecho, se quedó dormido, y estando en el reposo del sueño, se le apareció el ángel del Señor y le dijo, que retrocediera y se retirara á Galilea. Obedeció José, revolviendo puntualmente hácia la Galilea, como el ministro de Dios se lo ordenaba, y estableció su habitacion en su antigua ciudad de Nazaret.

Era Tetrarca de Galilea Herodes Antípas, príncipe más humano que Arquelao, y que no daba indicios de seguir el ódio y máximas del padre, creyendo acaso que eran fábulas y voces

del vulgo las que se habian esparcido acerca del nacimiento del nuevo heredero del cetro y corona de Judea. Por donde el Señor San José determinó entrar libremente en su amada ciudad de Nazaret y establecerse en este lugar, en que tenia su antigua casa y por ventura algunas cortas posesiones, y los atractivos de estar allí, si no todos, á lo ménos una gran parte de sus deudos.

#### CAPITULO XXIV.

Vida del santísimo Patriarca despues que volvió de Egipto á Nazaret.

**E**N pocas palabras nos da la historia sagrada toda la vida que el Padre de Jesus hizo en Nazaret, despues que volvió de Egipto. «Iban sus padres á Jerusalem, dice San Lucas, en el día solemne de la Pascua.» Tres veces al año debian los varones, segun el mandamiento del Exodo, presentarse á la Magestad y presencia del Soberano Dios de Israel, en el lugar que el mismo Señor tuviese señalado para su pública adoracion y solemne culto. Los tiempos determinados constan del Deuteronomio, y eran la so-



lemnidad de los ácidos, la solemnidad de los tabernáculos y la solemnidad de las semanas. En los dias del Señor San José, era el magnífico templo de Salomon fabricado en Jerusalem, el sitio señalado para el cumplimiento de esta ley. Varios intérpretes y teólogos, que francamente dan al Padre de Jesus más escasez de la que convenia á su sagrado ministerio y á la obligacion de mantener con alguna decencia á su nobilísima familia, discurren, que solo iba una vez al año á Jerusalem por su pobreza; pues siendo aquella peregrinacion de algunos dias por estar Jerusalem retirado de Nazaret como treinta y tres leguas de las nuestras, le impedia aquel socorro de su arte con que buscaba lo que era necesario á la familia. Y cuando no tuviese fuerza este motivo, bastarian los antiguos temores de Arquelao para no dejarse ver el Santo con frecuencia en Jerusalem. Otros, que no quieren tan pobre al Señor San José, lo escusan por otro lado de las tres presentaciones que debia hacer todos los años en el Templo. Estos escritores, que son el Maldonado y el Calmet, discurren que en los tiempos del Señor San José,

por haberse estendido los hebreos por paises retirados de Jerusalem, solamente iban á presentarse en el Templo el dia solemne de la Pascua.

Algunos, teniendo presente la virtud, la religion y la puntual obediencia del Señor San José, no se conforman con estos escritores, sino que juzgan por más verisímil, que el santo Patriarca hubiese bajado á Jerusalem en los tres tiempos señalados en el año. San Lucas habla de esta presentacion en el dia solemne de la Pascua, y pasó en silencio las otras dos; porque solo refiere las veces en que iba el santo Patriarca en compañía de su amable Esposa, la que como las otras mugeres, estaba obligada á presentarse en el Templo en la fiesta que escogiese de las tres señaladas en el año, segun la esposicion del eruditísimo Tirino. Los niños ántes de cumplir los doce años de edad no estaban obligados á esta ley, ni se llamaban hijos de precepto hasta que entraban en el año décimo tercio; sin embargo, no se cree que los padres de Jesus alguna vez hubiesen dejado á la solicitud de otra persona aquella prenda que estimaban más que á sus mismas vidas. César Calino dice,



que ni la Virgen María, ni el Niño Dios ántes de haber cumplido los doce años, estaban obligados á estas presentaciones en el Templo; pero que la Señora queria presentarse por piedad y devocion, y que Jesus iba por obedecer á su santísima Madre, que gustaba llevarlo en su compañía.

Estas peregrinaciones al Templo ántes que Jesus cumpliera los doce años, es toda la historia que escribe San Lúcas acerca de la vida del Señor San José en aquel tiempo. Las otras acciones de aquellos tres ó cuatro años que vivió en Nazaret ántes que Cristo se presentase al Señor, segun las leyes de los hebreos, no están escritas; mas podemos conjeturar por las luces antecedentes que tenemos de su virtud y exacta obediencia á las órdenes de Dios, que el Señor San José, ilustrado con los ejemplos del Hijo y de la Madre, creció en la perfeccion como un gigante de santidad, que aplaude con la palabra *justo* el Evangelio de San Mateo. El Tetrarca de Galilea, aunque era hijo del rey Herodes, no inquietaba el reposo de José, ni se sabe que aquel príncipe lo hubiese molestado al-

guna vez. No obstante, si por otra parte no estaba cierto de que no pensaba Herodes Antipas en el nuevo heredero del trono de Judea, no dejaría el Padre de Jesus de tener algunas horas de temor; pues sabemos por las historias antiguas, que un perseguido se sobresalta, aun cuando solo siente el aire que corre por aquella parte de donde le vino el primer golpe.

## CAPITULO XXV.

Siendo ya Jesus de doce años iba con sus padres á Jerusalem á presentarse al Señor en el dia solemne de la Pascua.

LA peregrinacion del Niño Dios á Jerusalem ántes de haber cumplido los doce años de su edad, se disputa entre los intérpretes del capítulo segundo de San Lúcas, donde refiere el Evangelista: *que siendo Jesus de doce años, fué á Jerusalem acompañado de sus padres.* El Abad Trombelli, sobre este capítulo de la historia, dice de esta suerte: «Parece muy conforme á la prudencia el que esta fuese la primera vez



«en que Cristo iba á Jerusalem á presentarse al  
 «Señor en cumplimiento de la ley del Deutero-  
 «nomio. La tierna edad y la delicada complexion  
 «del Niño no permitian el que se espusiese á  
 «un viage largo, cual era el de Nazaret á Jeru-  
 «salen. Y mucho ménos lo permitia Arquelao,  
 «príncipe de genio cruel y de sospechosas inten-  
 «ciones. Mas cuando cumplidos los doce años,  
 «la edad no era tan tierna ni la complexion tan  
 «delicada, y cuando Arquelao ya estaba dester-  
 «rado del reino y privado de sus dominios, era  
 «conveniente que el que habia venido al mundo,  
 «no á quitar las leyes, sino á cumplirlas, las ob-  
 «servase públicamente, presentándose con los  
 «otros hombres en el Templo.

«Sé que Juvenco, poeta cristiano, y muy an-  
 «tiguu, fué de contrario parecer, dejando escrito,  
 «que los padres de Jesucristo, que iban todos los  
 «años á venerar al Señor en el Templo en el día  
 «solemne de la Pascua, llevaban al Niño Jesus  
 «en su compañía. Sé tambien que Beda, referi-  
 «do del Maldonado, abrazó esta opinion, la que  
 «no desagrada al Calmet. Se funda esta senten-  
 «cia en el precepto general, el cual, comprendien-

«do á todos los varones, parece que comprendia  
 «tambien á los jovencitos cuando ya estaban fue-  
 «ra de la infancia. Sé, finalmente, que Jesus  
 «era observantísimo de la ley, y que lo eran  
 «tambien José y María, sus padres, de tal suer-  
 «te, que la Vírgen, aun sin estar comprendida  
 «en la ley del Deuteronomio, que solo hablaba  
 «del sexo masculino, no obstante, iba todos los  
 «años á presentarse al Señor en Jerusalem.

«Todo esto no me coge de nuevo, y aun me  
 «parece que tengo bastantemente insinuada es-  
 «ta oposicion en otra parte, y ya la tenia ad-  
 «vertida el Hugo Grocio, herege, pero doctísimo  
 «y muy versado en las Sagradas Escrituras, de  
 «las cuales interpretó una gran parte. Este,  
 «pues, afirma, que la razon y la conveniencia  
 «pedian que los niños en su tierna edad no se  
 «arriesgasen al cumplimiento de este rito, por  
 «no ser capaces de comprender las instrucciones  
 «que acerca de la significacion de aquella ley  
 «debían darles sus padres, como estaba preve-  
 «nido en el Exodo. Se dejaba, pues, (segun el  
 «parecer de este hombre doctísimo) á la pru-  
 «dencia y discrecion de los padres el determinar



«la edad en que sus hijos debian cumplir aquel  
 «mandamiento, y comunmente ereian que á los  
 «doce años de su edad estaban los niños obliga-  
 «dos á ir á Jerusalem. Pero advierte tambien el  
 «Grocio, que los más puntuales entre los he-  
 «breos anticipaban el cumplimiento de este pre-  
 «cepto, comenzando á llevar á sus hijos al Tem-  
 «plo ántes de que cumplieran los doce años. La  
 «cual reflexion se puede admitir; mas advirtien-  
 «do juntamente, que en la observancia de otras  
 «leyes no habia el peligro de esponer á Jesus y  
 «á María á algun acaecimiento doloroso. Y así,  
 «es muy probable que Jesus hubiese anticipado  
 «la obediencia de los demás preceptos, en cuya  
 «ejecucion no le amenazaba algun golpe cruel;  
 «mas en la práctica del mandamiento del capí-  
 «tulo treinta y cuarto del Exodo, se podia te-  
 «mer algun desastre, reinando Arquelao, quien  
 «no era difícil que buscasse al Niño con las mis-  
 «mas intenciones que su padre.»

El célebre Tirino, siguiendo al eminentísimo  
 Cayetano en este punto, y estableciendo despues  
 del Hugo Grocio otros principios, dice, que el  
 mandamiento de presentarse al Señor en el sitio

señalado, no comenzaba á obligar hasta los vein-  
 te años de edad, y seguia obligando hasta los  
 cincuenta, y cuando más tarde, hasta los sesenta.

El Calino juzga que Cristo ántes de los doce  
 años de su edad iba por obedecer á la Madre,  
 que lo queria llevar en su compañía; la que iba  
 á Jerusalem, como se dijo ya con este mismo  
 autor, no por obligacion que tuviese de presen-  
 tarse al Señor en el Templo, sino por dar estas  
 muestras de religion al Soberano Dios de Is-  
 rael, y este singular ejemplo de piedad á las he-  
 breas. En la accion de llevar al Niño á Jeru-  
 salen, ni la Virgen ni el Señor San José falta-  
 ban á las leyes de la prudencia, si acaso es ver-  
 dad que Jesus ántes de cumplir los doce años  
 iba con sus padres, segun la sentencia de Cali-  
 no; porque por ventura, ó ya estaba Arquelao  
 privado del trono por Augusto César y manda-  
 do salir para Viena de Francia, que fué el lu-  
 gar de su destierro, quedando los estados de-  
 bajo del gobierno de los procuradores ó presi-  
 dentes que Roma puso en su lugar, de los cua-  
 les fué el primero Coponio en el imperio de  
 Augusto, y el quinto imperando Tiberio Poncio



Pilato, nacido en el Ponto y tributario de Roma, ó porque era fácil, como discurre San Agustín, el ocultarse, así los padres como el Niño, entre los muchos judíos que concurrían en Jerusalem con el motivo de adorar á Dios en el Templo, que era el lugar señalado para el cumplimiento de este rito. Las dos respuestas, que no pasan de conjeturas, son del citado San Agustín. Por lo que solo tenemos por cosa cierta lo que escribe San Lucas, y es, que los padres del Niño Dios iban todos los años á Jerusalem, y que llevaron á Jesus cuando ya habia cumplido los doce años.

#### CAPITULO XXVI.

**Entra el Señor San José en Jerusalem con su sagrada Familia, y volviéndose á Nazaret, concluida la solemnidad de aquellos dias, sin advertirlo, se quedó el Niño en el Templo.**

**HABIENDO** la Sagrada Familia despues de cinco dias de camino arribado á la ciudad de Jerusalem, adoró en su Templo al Soberano Dios

de Israel, ofreciéndole juntamente aquel donativo que tenia Dios señalado en un mandamiento que está escrito en el Exodo; porque el Señor no gustaba de que sus adoradores llegasen con las manos vacías á su presencia; bien que el don no salia, como dicen algunos espositores, del dominio del oferente, contentándose el Señor, que no necesita de nuestros bienes, con la voluntaria oblacion del sacrificio. Pasados los dias solemnes de la Pascua, salieron José y María de Jerusalem para Nazaret; mas el Niño, ó por examinar el amor de sus padres, ó por mostrar aquella independenciam, que por ser tambien Dios, tenia de ellos, se quedó en el Templo sin avisarles. José y María al principio no le buscaron, pensando que el Niño, de cuyo proceder estaban bien satisfechos, iria acompañado con algun pariente ó ciudadano de Nazaret. El blasfemo y sacrílego Martín Lutero dice, que fué negligencia ó descuido voluntario de María y de José el haber dejado al Niño en Jerusalem. ¿Qué se podia oír de un heresiarca tan impío como Lutero, sino una horrenda blasfemia contra los padres de Jesus? César Calino, hablando